

dole con dureza, y representarle como un hombre que no queria cumplir con los deberes de su alta dignidad y oficio (1).

No habia motivado el viage de Carlos á Flandes el solo objeto de hacer aceptar la creencia interina á las ciudades renitentes de aquellos dominios. Tiempo hacia ya que su gota, sus dolencias, sus trabajos y padecimientos le habian hecho pensar, segun hemos indicado, en hacer reconocer á su hijo Felipe por los estados de Flandes como su legítimo heredero. Llamóle ahora allá, y aun envió al duque de Alba á buscarle, escribiendo al propio efecto á los nobles y ciudades de Castilla y de Aragon. En su virtud partió el príncipe de Valladolid (1.º de octubre, 1548), dejando por gobernadores de España al archiduque Maximiliano de Austria y á su hermana doña María, que acababan de casarse, y era de Austria su primo recién llegado. Embarcóse Felipe (19 de octubre) con magnífico y brillante cortejo en las galeras de Andrés Doria. Desembarcó en Génova, fué á Milan, atravesó una parte de Alemania, siendo en todas partes recibido con tales agasajos y festejos cuales rara vez se habian hecho á príncipe alguno, y así llegó á los Países Bajos, donde le dejaremos por ahora para dar cuenta de otros sucesos.

(1) Conocido ya por algunos documentos que hemos citado el lenguaje que el emperador solia usar en las quejas del pontífice, creemos innecesario añadir otros en que le trataba con la misma ó mayor acritud.

CAPITULO XXVIII.

CARLOS V. Y MAURICIO DE SAJONIA.

De 1548 á 1552.

Guerra de Parma y Plasencia.—Octavio Farnesio.—Muerte del papa Paulo III.—Eleccion de Julio III.—Convoca de nuevo el concilio de Trento.—Dieta de Augsburgo y lo que se trató en ella.—El duque Mauricio de Sajonia.—Misteriosa y artera política de este príncipe.—Favorece y persigue á un tiempo á católicos y protestantes.—Engaña y entretiene al emperador y á los confederados.—Segunda apertura del concilio de Trento.—Protesta del rey de Francia en el concilio.—Guerra de Parma entre el papa, el emperador, el rey de Francia y Octavio Farnesio.—Refuerza el emperador el concilio.—Traslada Carlos su residencia á Inspruck.—El duque Mauricio se confedera con el rey de Francia contra el emperador, y conquista la ciudad de Magdeburgo para Carlos V.—Tenebrosa y sagaz política del duque.—Arroja la máscara y se hace el jefe de los protestantes.—Apuro en que pone al emperador.—Desastrosa fuga de Carlos V.—Ejército francés en Alemania.—Conferencias del duque Mauricio y el rey Fernando.—Terror de los padres del concilio: se disuelve y se prorroga.—Situacion del emperador.—Se ve obligado á transigir con Mauricio de Sajonia.—Tratado de Passau, favorable á los protestantes.—Decadencia del emperador.—Reflexiones.

Mientras el príncipe don Felipe de España, hijo de Carlos V., era reconocido y jurado por las ciudades

y villas de Flandes como legítimo heredero y sucesor de su padre en aquellos estados, y mientras él visitaba los dominios que un día había de regir, agasajado por los flamencos, como más detenidamente diremos en otro lugar, dos graves cuestiones seguían agitándose entre el papa Paulo III. y el emperador Carlos V.: la de la continuación del concilio en Trento en que él emperador se empeñaba y el pontífice resistía, y la de la restitución de los estados de Parma y Plasencia que el papa pedía con empeño y el emperador negaba con obstinación (1548 y 1549).

La alianza del pontífice con el nuevo monarca francés Enrique II., hijo de Francisco I., no había producido para el jefe de la Iglesia sino buenas palabras y ofrecimientos de parte de aquel soberano, pero sin auxilios positivos y eficaces. En su vista, resolvió obrar por sí mismo, y para privar al emperador de la posesión de Plasencia, en que no había conseguido hacerle aflojar, determinó revocar la cesión que de aquellos estados había hecho á favor de su hijo Pedro Luis Farnesio, el asesinado, y devolverlos á la Santa Sede, indemnizando á Octavio, su nieto, con otras posesiones en el patrimonio de la Iglesia. Ofendido el joven Octavio de verse así privado por su mismo abuelo de unos estados que contaba heredar, intentó apoderarse por sorpresa de Parma (octubre, 1549), y como no pudiese lograrlo por la resistencia que encontró, con la arrebatada ligereza de

un joven ambicioso y resentido se echó en brazos del emperador su suegro, haciendo renuncia de lo que no tenía, para alcanzar por gracia lo que no le permitían tomar ni por herencia ni por fuerza. Esta conducta de Octavio irritó tanto al anciano pontífice que prorumpió en las más amargas imprecaciones contra su nieto, no hallando palabras bastante fuertes con que denigrar tal acción y con que desahogar su enojo. Y si el disgusto y la incomodidad que le produjo no le ocasionó la muerte, como algunos escritores han dicho, pudo por lo menos contribuir á ella, puesto que á los pocos días de aquel suceso falleció el pontífice Paulo III. (10 de noviembre, 1549), á los 82 años de edad y más de 15 de pontificado (4).

Difirióse algún tiempo la elección de nuevo pontífice á causa de los partidos ó facciones (así las llamaban) en que estaba dividido el cónclave, á saber: de imperiales, de franceses y de Farnesios. Al fin, después de largos debates quedó proclamado el cardenal Juan María del Monte (7 de febrero 1550), presidente que había sido del concilio de Trento en calidad de

(4) Palavicini y Paolo Sarpi, en sus Historias del concilio de Trento.—Adriani, Istor. di suoi tempi, lib. VII.—Carta del cardenal de Ferrara al rey Enrique II. de Francia.—Ribier, Memoir.—«Murió, dice el obispo Sandoval, sin tener un cojin (siendo riquísimo) sobre que le pusiesen la cabeza sus lacayos, cuando le llevaban muerto al palacio sacro: cosa digna de notar, no porque un cuerpo muerto haya menester almohadas, sino por lo que requería la dignidad. Guíalo Dios así para nuestro ejemplo y consuelo, porque era este pontífice muy pulido y regalado... Tuvo al emperador más miedo que amor... en el alma tenía la flor de lis, codició demasiado lo de Parma y Plasencia, y quiso comprar á Milan.» Lib. XXX. pár. 9.

legado, y el cual tomó el nombre de Julio III. Habian convenido los cardenales en el cónclave en que cualquiera que fuese electo restableceria á Octavio Farnesio en el ducado de Parma y de Plasencia, y Julio III. lo cumplió así con gran beneplácito de todos. ¡Ojalá lo que ganó con esta accion, y con los recursos que proporcionó para socorrer á los pobres en aquel año, que lo fué de miseria para Roma, no lo hubiera perdido con dar el primer capelo de cardenal á Inocencio del Monte, su sobrino adoptivo, jóven de diez y seis años, sin ciencia, sin talento y hasta sin buenas costumbres, cosa que produjo general disgusto y escándalo ⁽¹⁾.

Pensando de diferente manera que su antecesor en lo relativo al concilio, y consultado el colegio de cardenales, espidió bula convocatoria (14 de marzo, 1550), para su continuacion en Trento, nombrando presidente al cardenal Marcelo Cresceazi, y dándole por adjuntos en calidad de nuncios, á los obispos Pighini y Lipomani. Un dia antes de la expedicion de esta bula habia el emperador escrito desde Bruselas á los príncipes y ciudades de Alemania convocando la dieta imperial para el 25 de junio en Augsburgo, á fin de hacer ejecutar el *Interim* y reconocer el concilio, y al aproximarse aquella época partió allá acompañado de su hijo Felipe, ya con la buena nueva

(1) Novaes, cit. por Artaud Conc. de Trento.—Vargas, Cartas de Montor, Hist. de los Romanos y Memorias tocantes al concilio Pontifices.—Pallavicini, Hist. del de Trento.

de la convocacion del concilio hecha por el pontífice. El 26 de julio muchos no habian concurrido todavía á la dieta, sabedores del objeto con que eran llamados. Pero no fué esta la principal dificultad que halló el emperador, sino otra mas inesperada. El duque Mauricio, elector ya de Sajonia, y el mas poderoso príncipe de Alemania, el favorecido y el favorecedor del César, el que siendo tan luterano como el que mas, habia sido el mas activo auxiliar de Carlos V. contra los protestantes, el que habia obtenido por él el ducado de Sajonia y la mano de la hija de su hermano, quiso dar ya otro giro á su política, y así como antes ayudó al emperador contra los reformistas, siendo él luterano, así ahora decidió dar auxilio á los protestantes pareciendo imperial. Movíanle á esta mudanza las severas acusaciones que por su anterior conducta le hacía toda la Alemania protestante, los terribles cargos que le dirigia el landgrave de Hesse su suegro, de haberle vendido y sacrificado á las iras del emperador, de no haber cumplido su compromiso de alcanzarle la libertad, ni entregarse en caso contrario prisionero de sus hijos, segun habia ofrecido. Quería por otra parte atajar el inmenso poder del emperador, y le halagaba la risueña perspectiva de ser el libertador de la Alemania poniéndose á la cabeza de la liga protestante.

El plan era atrevido, y para llevarle á cabo se propuso seguir una política tan astuta, mañosa y tai-

mada como era menester para no romper al pronto ni con el emperador ni con los protestantes, y conservarse en buen lugar con el uno y con los otros; política de que solo Mauricio hubiera sido capaz, y es uno de los mas curiosos y notables episodios de la historia de la reforma. Comenzó por dar gusto al emperador haciendo aceptar el *Interim* en Sajonia, y para neutralizar la mala impresión que esto hiciera en los protestantes, publicó una declaración ensalzando la religión reformada y prometiendo defenderla contra las usurpaciones de Roma. Conociendo cuán desagradable habria de ser semejante manifestación á Carlos, le halagó á su vez comprometiéndose con él á sujetar la ciudad de Magdeburgo, que se resistia á admitir el *Interim*, y procedió á levantar tropas al efecto. Con esto se hizo otra vez Mauricio objeto de animadversión para los reformadores, que de palabra y por escrito le calificaban de desleal y le acusaban de traidor. Para acallar tales acusaciones tuvo el arrojado de escribir al emperador diciendo, que ni él ni sus estados reconocerian el concilio mientras el papa no renunciara á presidirle por sí ó por su legado, no teniendo en él mas autoridad que la de otro obispo, y mientras no diera seguro á los teólogos protestantes para ir á Trento, y esponer libremente sus doctrinas y dar con libertad su voto. Y al tiempo que esto hacia preparaba sus tropas para atacar á Magdeburgo y someterla al emperador.

¿A dónde marchaba Mauricio de Sajonia con tan ambigua, problemática y misteriosa conducta? Nadie lo sabia, aunque algunos lo sospecharan. Pero necesitábanle todos, y todos sufrían sus contradicciones con la esperanza de contar con él. Es lo cierto, que el emperador por su parte impuso de tal modo á la dieta, que la asamblea accedió á darle auxilios para sujetar la ciudad rebelde de Magdeburgo, y que la dieta misma pidió que se diera el mando del ejército á Mauricio de Sajonia, que el emperador aplaudió el acierto de la propuesta, y que Mauricio aceptó sin vacilar un nombramiento en que veia realizada la primera parte de sus planes.

En este tiempo, el landgrave de Hesse, que llevaba con estremada impaciencia su prolongada cautiverio, mandó á sus hijos que con todas las formalidades de la ley intimáran al duque Mauricio y al margrave de Brandeburg cumplieran el empeño solemnemente contraído de darse á ellos en prision, una vez que no le alcanzaban á él la libertad segun eran obligados. Redoblaron con tal motivo aquellos dos príncipes sus instancias al emperador en favor del landgrave. Pero Carlos, inflexible en este punto, discurrió libertarse de las importunidades de los dos mediadores, publicando una pragmática en que por sí y por autoridad propia los daba por relevados de la obligación que tenían hecha con el príncipe prisionero. Causó esta medida general escándalo, porque

nadie había imaginado que la soberanía de su autoridad alcanzara á dispensar ó anular las obligaciones de honor contraidas entre particulares. Desesperanzado ya el landgrave de recobrar su apetecida libertad por los medios legítimos, apeló á la astucia y al soborno. Ganado tenía ya un soldado español de su guardia, pero entendiéronlo á tiempo los demás españoles sus compañeros, y el infeliz seducido sufrió la pena de ser pasado por las armas. No cupo mejor suerte á dos caballeros alemanes que despues intentaron sustraerle de la cárcel, y el fruto de todas estas tentativas fué estrechar la prision del príncipe y tratarle con mas dureza y rigor.

La segunda apertura del concilio de Trento, por dilaciones que habian ocurrido en la bula convocatoria, habia de verificarse y se verificó el 4.º de mayo (1551), y lisonjeaba al emperador con la esperanza de que seria el camino de uniformar la religion de Alemania y de restablecer el culto católico en el imperio. Aun muchos prelados no pudieron concurrir al concilio para aquel dia, á causa de la guerra que habia estallado de nuevo en el ducado de Parma, manzana de discordia entre el emperador, el papa, el príncipe Octavio Farnesio y el rey Enrique II. de Francia: que no tuvo grandes resultados, pero que entorpeció la ida de muchos prelados al concilio, y que dió pretexto al rey de Francia para enviar á Trento un embajador que protestára de la legitimidad y validez

de una asamblea reunida en tales circunstancias, y en que faltaban los prelados de una nacion tan grande como la francesa. Asi Enrique II. por debilitar el poder de Carlos V. se hacia fautor de los hereges, siguiendo en esto el funesto ejemplo de su padre (4). Esto mismo movió al emperador á hacer respetar mas el concilio y á protegerle con mas decision y empeño. Hizo que concurriera mayor número de prelados, mandó que fueran sus embajadores, los de su hermano, los de los electores eclesiásticos del imperio, y hasta dió salvoconducto á los teólogos de los príncipes protestantes. El Concilio siguió haciendo luminosos y sabios decretos y cánones en la comenzada materia de sacramentos, y animado con esto Carlos V. tomó medidas mas rigurosas contra los protestantes, les prohibió predicar en las ciudades imperiales doctrinas contrarias al dogma de la Iglesia romana, y abolió en toda la provincia de Suabia el culto reformado, haciendo que los pueblos asistieran á las ceremonias religiosas practicadas por sacerdotes católicos (setiembre y octubre, 1551). Para estar cerca de Trento y de Italia, y atender á la vez á lo del concilio, á la guerra de Parma y á los negocios del

(4) Enrique II. decia que no podia considerar el concilio como ecuménico, sino como una asamblea particular, y en su carta empleaba, no sin malicia, la palabra *conventus* en vez de *concilium*. Las dos sesiones que se habian tenido en Bolonia se consideraron como preparatorias de las que en este segundo periodo se continuaron en Trento. La 41.ª se tuvo el 1.º de marzo (1551), la 42.ª el 1.º de setiembre, y la 43.ª el 41 de octubre.

imperio, partió para Inspruck en el Tirol, y fijó su residencia en esta ciudad (1).

Prolongábase el cerco que los imperiales, con el duque Mauricio á su cabeza, tenían puesto á la rebelde ciudad de Magdeburgo. La guarnicion y los habitantes, mandados y dirigidos por el conde Alberto de Mansfeldt, se defendian con todo el vigor que inspiran el celo religioso y el amor á la libertad. En una de sus salidas hicieron prisionero al duque Jorge de Mecklemburgo, que siendo luterano peleaba en favor de Carlos V. y de los católicos, con la esperanza de que el emperador le premiara con el territorio y señorío de Magdeburgo, al modo que habia premiado al duque Mauricio, luterano tambien, con el señorío y electorado de Sajonia; que tal era la conciencia religiosa de aquellos celosos protestantes, que no escrupulizaban en hacer armas para sus propios correligionarios, con tal que á la sombra de las banderas católicas se prometieran engrandecimiento y medros.

Aunque el duque Mauricio pudo apoderarse mucho antes de una ciudad en que se hacian sentir ya los rigores del hambre, alargó el sitio hasta el punto

(1) Los embajadores del emperador eran don Francisco Alvarez de Toledo, español, y el arcediano de Liege, flamenco. Además envió de embajador á Roma (7 de setiembre) desde Augsburgo para tratar con el papa, á don Juan Manrique de Lara, hijo de los duques de Nájera. Asistieron al concilio de Trento en este segundo periodo cuarenta españoles, entre obispos, abades y teólogos.

que ya no podia diferirle mas sin hacerse sospechoso al emperador. Las causas de esta flojedad y de esta lentitud las diremos luego. Al fin despues de un año decerco se rindió Magdeburgo (3 de noviembre, 1551), bajo las bases de implorar la clemencia del emperador, de no volver á tomar las armas contra la casa de Austria, de reconocer la autoridad de la cámara imperial, de obedecer los decretos de la dieta de Augsburgo tocantes á la religion, de dar libertad al duque de Mecklemburgo, de pagar una multa de cincuenta mil coronas, y otras semejantes á las de las demas ciudades rendidas (1). El emperador aprobó y ratificó sin vacilar las capitulaciones, no obstante la sentencia antes pronunciada contra la ciudad, y á pesar de la estrañeza con que debió ver que los habitantes y el senado confirieron la dignidad de burgrave, ó sea la autoridad suprema, á aquel mismo Mauricio que acababa de hacerles sufrir los horrores de un largo sitio, y contra el cual se habian desatado poco antes en invectivas y denuestos, tratándole como á apóstata y traidor. Condúcenos esto á explicar la misteriosa conducta del de Sajonia antes y despues del sitio, y aqui empieza á revelarse la política taimada y ladina de este hombre singular, tan funesto antes á los reformados como despues á los católicos.

Siguiendo Mauricio sus tenebrosos planes, habia

(1) Arnold. Vita Maurit.—Descript. Obsidionis Magdeb. apud Scard. lib. II.

tenido, durante el cerco, secretas conferencias con el gobernador de la ciudad conde de Mansfeldt, revelándole su pensamiento de atajar los vuelos al inmenso poder del emperador y de restituir su fuerza y sus privilegios al cuerpo germánico, y ofreciéndole que los habitantes de Magdeburgo no serian privados de sus libertades ni perturbados en el ejercicio de su religion. De aqui la templanza por una parte en las condiciones de la capitulacion, y por otra la deferencia de investir al conquistador con la autoridad superior de la ciudad. Dueño Mauricio de Magdeburgo, su dificultad era continuar al frente de todas las tropas sin infundir recelos á Carlos V. Para esto discurrió un artificio ingenioso. Pagó una parte de sus sueldos á los mercenarios sajones, y les permitió regresar á sus casas; pero puesto de acuerdo con el duque de Mecklemburgo, que sabia no ser sospechoso al emperador, aquellos soldados fueron de nuevo reenganchados por éste, con lo cual tenia á su disposicion aquellas tropas para cuando las necesitase, segun convenio, sin aparecer que continuaban á sus órdenes.

Para distraer mas al emperador, mientras él se daba tiempo para acabar de madurar sus planes, conociendo que la atencion y el afán de Carlos se cifraban entonces principalmente en lo del concilio, por una parte envió á Trento sus embajadores, y por otra encargó á los teólogos protestantes, y principalmente

á Melancton, el mas distinguido y sabio de entre ellos, que redactáran una profesion de fé para proponerla en aquella asamblea. Con mucha destreza hizo promover la cuestion acerca del salvoconducto que se habia de dar á los teólogos y representantes de los príncipes luteranos, sabiendo, como en efecto sucedió, que habian de enredarse disputas entre el emperador, los legados del pontífice y los príncipes protestantes sobre la forma de los salvoconductos, y que se habian de interponer reparos, modificaciones y protestas, como asi aconteció; todo lo cual entretenia y ocupaba grandemente al emperador en Inspruck, con no poco gozo del intrigante y artificioso Mauricio, disimulado autor de aquellos enredos. A tal punto llevó su astucia y su doblez, que cuando estaba ya confederado con el mayor enemigo del emperador, alquiló una casa en Inspruck, y la mandaba amueblar, diciendo cada dia al emperador que pensaba ir allá para vivir mas cerca de su persona ⁽¹⁾.

Aprovechó, pues, el sagaz Mauricio estas distracciones de Carlos y los padecimientos de la gota que le aquejaban, para aliarse secretamente, como lo hacia todo, con quien sabia estar mas dispuesto á ser enemigo del emperador, como el mas envidioso de su

(1) En este tiempo habia vuelto ya á enviar Carlos V. su hijo Felipe á España con nuevos poderes para gobernar; mas de esto hablaremos cuando tratemos definitivamente de este príncipe y de su gobierno en España.

poder, y como quien habia recibido la emulacion y la rivalidad por herencia, á saber, Enrique II. de Francia, que ya en Parma y en el Piamonte habia mostrado bien su animosidad á Carlos V. En este tratado se cuidó con mucha cautela de no motivar la alianza en causas de religion, á fin de no aparecer el rey cristianísimo como amigo y protector de los hereges, sino dar por objeto á la confederacion la libertad del landgrave de Hesse y restituir á su anterior estado la constitucion y las leyes del imperio. Concertóse que los dos aliados declararían simultáneamente la guerra al emperador, habiendo de énter el francés con poderoso ejército por la Lorena: no se haria paz ni tregua sin que en ella consintieran y entráran todos los confederados: el gefe del ejército de la confederacion sería Mauricio de Sajonia: Enrique de Francia daría doscientas cuarenta mil coronas por una vez para los gastos de la guerra, y sesenta mil mensuales despues todo el tiempo que durase la campaña (octubre, 1551). Tan lejos fueron en sus planes que hasta pactaron que en el caso de creer conveniente elegir otro emperador, éste habia de ser á gusto y del agrado del rey de Francia (1).

Dado este paso, que mantuvo secreto aun á los mismos príncipes que habian de entrar en la liga, faltábale justificar el rompimiento que meditaba. Dá-

(1) Dumont, Corps. Diplom. —Robertson, lib. X.—Avila y Zúñiga, Comentar. t. II.—Sandoval, lib. XXI. n.º 43.

bale excelente ocasion para esto la injusta cautividad en que Carlos V, tenia al landgrave. Abogar con empeño y energía por su libertad era defender una causa popular en Alemania. Asi que le fué fácil interesar á los príncipes del imperio, al rey de Dinamarca y al hermano mismo del emperador, á que apoyáran y esforzáran el mensaje solemne y fuertemente razonado que dirigió al emperador en demanda de que pusiera término al cautiverio del landgrave. Sin duda le constaba á Mauricio, ó suponía al menos que habia de encontrar á Carlos inexorable en este punto. La respuesta del César lo confirmó asi, y el astuto sajón logró su objeto de hacer ver de una manera ostensible que no habia otro medio que el de la fuerza para arrancar á Carlos un acto de justicia.

Tan ilimitada era la confianza que Carlos tenía en Mauricio, y tanta aficion que le profesaba, que aunque recibió un aviso formal previniéndole que se guardára del príncipe sajón, no rebajó un átomo su intimidad, contestó que no podia creer en una ingratitud, y continuó sin darse por entendido. Tambien al duque de Alba, hombre de suyo caviloso y suspicaz, se le hicieron sospechosos los misteriosos manejos del de Sajonia, y asi se lo manifestó al obispo Granvela, primer ministro de Carlos; pero el ministro prelado que creia no ignorar ninguno de los pasos del elector por medio de dos espías con quienes se comunicaba, despreció la advertencia del general

español, sin imaginar que Mauricio le estaba engañando y entreteniendo con aquellos mismos espías, fingiendo ignorar su trato, y burlando así una sagacidad con otra sagacidad mayor. De esta manera logró Mauricio llegar al término de sus preparativos y tenerlo todo en sazón, sin que se traslucieran, ó por lo menos sin que se reveláran sus designios; cosa admirable y rara en negocios y tramas que últimamente tuvo ya que confiar á muchos ⁽¹⁾.

Cuando llegó el momento de obrar, anunció que iba á Inspruck en cumplimiento de lo que tantas veces había ofrecido. En el camino fingió sentirse fatigado, y envió delante su confidente á avisar al emperador el motivo de su retraso y que estaría en Inspruck dentro de unos días. Mas apenas había aquel partido montó á caballo, dirigióse á la Thuringia, se incorporó y puso al frente el ejército que allí tenía preparado, arrojó la máscara y publicó un manifiesto en que decía, que tomaba las armas contra el emperador para rescatar al landgrave de la indefinida cautividad en que gemía, para defender la libertad de conciencia y restablecer las libertades políticas del pueblo alemán (marzo, 1552). También dieron sus manifiestos el margrave Alberto de Bran-

(1) Entraban en la liga, además y el landgrave de Hesse, el duque de Luneburgo, el marqués de Brandeburg, el duque Jorge de Mecklemburgo, y otros muchos barones y señores alemanes.

deburg y Enrique II. de Francia: este último se apellidaba *Protector de las libertades de Alemania y de sus cautivos príncipes*. Hacíase cargo y se acusaba á Carlos V. de haber confiado el sello del imperio á un extranjero que no conocía ni la lengua ni las leyes del país, el obispo Granvela; de haber llevado al imperio tropas extranjeras que saqueaban y maltrataban á los naturales; de su predilección hácia los españoles y flamencos; de la servidumbre, en fin, en que quería tener la Alemania. De estos cargos algunos eran exagerados ó injustos: mas de todos modos vió Carlos V. reproducidas en Alemania quejas semejantes, y alzamientos parecidos á los que treinta años antes había provocado, bien que con mayor fundamento, en Castilla.

Tan desapercibido se hallaba el emperador, tan ageno estaba de suponer en Mauricio tal deslealtad y tan ingrata correspondencia á los favores y distinciones que le había prodigado, tan diseminadas tenía sus fuerzas en Italia y en Hungría, y tan inesperado fué para él este golpe, que cuando empezó á volver del primer asombro ya Mauricio con una actividad prodigiosa se había apoderado de algunas ciudades de la alta Alemania, repuesto en ellas el culto y los ministros y magistrados protestantes, y avanzado con admirable audacia á Augsburgo, de cuya ciudad se posesionó también, habiéndose retirado, por no creerse bastante fuerte para esperarle, la guarnición im-